

## Oración de Arrupe<sup>1</sup>: *Señor, enséñame*

Señor: meditando el **modo nuestro de proceder** he descubierto que el ideal de nuestro modo de proceder es el modo de proceder **tuyo**. Por eso, fijo mis ojos en Ti (Heb 12, 2), los ojos de la fe, para contemplar tu iluminada figura tal cual aparece en el Evangelio. Yo soy uno de aquellos de quienes dice San Pedro: *A quien amáis sin haberlo visto, en quien creéis aunque de momento no le veáis, rebotando de alegría inefable y gloriosa* (1 Pe 1, 8).

Señor, Tú mismo nos dijiste: *Os he dado ejemplo para que me imitéis* (Jn 13, 15). Quiero imitarte hasta el punto de que pueda decir a los demás: *Sed imitadores míos, como Yo lo he sido de Cristo* (1 Cor 11, 1). Ya que no pueda decirlo físicamente como San Juan, al menos quisiera poder proclamar con el ardor y sabiduría que me concedas, *lo que he oído, lo que he visto con mis ojos, lo que he tocado con mis manos acerca de la Palabra de Vida; pues la Vida se manifestó y yo lo he visto y doy testimonio* (1 Jn 1, 3; cf. Jn 20, 25.27; 1, 14; Lc 24, 39; Jn 15, 27).

Dame, sobre todo, el **sensus Christi** (1 Cor 2, 16) que Pablo poseía: que yo pueda sentir con tus sentimientos, los sentimientos de tu Corazón con que amabas al Padre (Jn 14, 31) y a los hombres (Jn 13, 1). Jamás nadie ha tenido mayor caridad que Tú, que diste la vida por tus amigos (Jn 15, 13), culminando con tu muerte en cruz el total abatimiento (Fil 2, 7), *kenosis*, de tu encarnación. Quiero imitarte en esa interna y suprema disposición y también en tu vida de cada día, actuando, en lo posible, como Tú procediste.

Enséñame **tu modo de tratar con** los discípulos, con los pecadores, con los niños (Lc 7, 16), con los fariseos, o con Pilatos y Herodes; también con Juan Bautista aun antes de nacer (Lc 1, 41 – 45) y después en el Jordán (Mt 3, 17). Como trataste con tus discípulos, sobre todo los más íntimos: con Pedro (Mt 10, 2), con Juan (Mc 3, 16; Jn 19, 26 - 27) y también con el traidor Judas (Jn 13, 26; Lc 22, 48). Comunícame la delicadeza con que les trataste en el lago de Tiberíades preparándoles de comer (Jn 21, 9), o cuando les lavaste los pies (Jn 13, 1 – 20).

Que aprenda de Ti, como lo hizo San Ignacio, tu modo al comer y beber (Mc 2, 16; 3, 20; Jn 4, 8.31-33); cómo tomabas parte en los banquetes (Jn 2, 1; 12, 2); cómo te portabas cuando tenías hambre y sed (Mt 4, 2); cuando sentías cansancio tras las caminatas apostólicas (Jn 4, 6), cuando tenías que reposar y dar tiempo al sueño (Mc 4, 38).

Enséñame a **ser compasivo** con los que sufren; con los pobres, con los leprosos, con los ciegos, con los paráliticos (Mt 9, 36; 14, 14; 15, 32; 20, 34; Lc 7, 13); muéstrame cómo manifestabas tus emociones

---

<sup>1</sup> Pedro Arrupe s.j., "El modo nuestro de proceder", (18 de enero de 1979), en La identidad del jesuita en nuestros tiempos, (Santander: Sal Terrae, 1981), 80 – 82.

profundísimas hasta derramar lágrimas (Lc 19, 41; Jn 11, 33.35.38); o como cuando sentiste aquella mortal angustia que Te hizo sudar sangre e hizo necesario el consuelo del ángel (Mt 26, 37 – 39). Y, sobre todo, quiero aprender el modo como manifestaste aquel dolor máximo en la cruz, sintiéndote abandonado del Padre (Mt 27, 46).

Esa es la imagen tuya que contemplo en el *Evangelio*: ser noble, sublime, amable, ejemplar; que tenía la perfecta armonía entre vida y doctrina; que hizo exclamar a tus enemigos *eres sincero, enseñas el camino de Dios con franqueza, no Te importa de nadie, no tienes acepción de persona* (Mt 22, 16); aquella manera varonil, dura para contigo mismo, con privaciones y trabajos (Mt 8, 20); pero para con los demás lleno de bondad y amor y de deseo de servirles (Mt 20, 28; Fil 2, 7).

Eras duro, cierto, para quienes tienen malas intenciones; pero también es cierto que con tu amabilidad atraías a las multitudes hasta el punto que se olvidaban de comer; que los enfermos estaban seguros de tu piedad para con ellos; que tu conocimiento de la vida humana Te permitía hablar en parábolas al alcance de los humildes y sencillos; que ibas sembrando amistad con todos (Jn 15, 15), especialmente con tus amigos predilectos, como Juan (Jn 13, 23; 19, 26), o aquella familia de Lázaro, Marta y María (Jn 11, 36); que sabías llenar de serena alegría una fiesta familiar, como en Caná (Jn 2, 1).

Tu constante contacto con tu Padre en la oración, antes del alba, o mientras los demás dormían (Mt 26, 36 – 41) era consuelo y aliento para predicar el Reino.

Enséñame *tu modo de mirar*, como miraste a Pedro para llamarle (Mt 16, 18) o para levantarle (Lc 22, 61); o como miraste al joven rico que no se decidió a seguirte (Mc 10, 21); o como miraste bondadoso a las multitudes agolpadas en torno a Ti (Mc 10, 23; 3, 34; 5, 31 – 32); o con ira cuando tus ojos se fijaban en los insinceros (Mc 3, 5).

Quisiera *conocerte como eres*: tu imagen sobre mí bastará para cambiarme. El Bautista quedó subyugado en su primer encuentro contigo (Mt 3, 14); el centurión de Cafarnaum se siente abrumado por tu bondad (Mt 8, 8); y un sentimiento de estupor y maravilla invade a quienes son testigos de la grandeza de tus prodigios (Mt 8, 27; 9, 33). El mismo pasmo sobrecoge a tus discípulos (Mc 5, 15; 7, 37; Lc 4, 36; 5, 26; Mc 1, 27; Mt 13, 54); y los esbirros del Huerto caen atemorizados (Jn 18, 6). Pilatos se siente inseguro (Jn 19, 8) y su mujer se asusta (Mt 27, 19). El centurión que te ve morir descubre tu divinidad en tu muerte.

Desearía verte como Pedro, cuando sobrecogido de asombro tras la pesca milagrosa, toma conciencia de su condición de pecador en tu presencia (Lc 5, 8 – 9). Querría oír tu voz en la sinagoga de Cafarnaum (Jn 6, 35 – 39), o en el Monte (Mt 5, 2), o cuando te dirigías a la muchedumbre *enseñando con autoridad* (Mt 1, 22; 7, 29), una autoridad que sólo del Padre te podía venir (Lc 4, 22.32).

Haz que nosotros aprendamos de Ti en las cosas grandes y en las pequeñas, siguiendo tu ejemplo de total entrega al amor al Padre y a los hombres, hermanos nuestros, sintiéndonos muy cerca de Ti, pues Te bajaste hasta nosotros, y al mismo tiempo tan distante de Ti, Dios infinito.

Danos esa gracias, danos el *sensus Christi*, que vivifique nuestra vida toda y nos enseñe – incluso en las cosas exteriores – a proceder conforme a tu espíritu.

Enséñanos tu *modo* para que sea *nuestro* modo en el día de hoy y podamos realizar el ideal de Ignacio: ser compañeros tuyos, *alter Christus*, colaboradores tuyos en la obra de la redención.

Pido a *María*, tu Madre Santísima, de quien naciste, con quien conviviste treinta tres años y que tantos contribuyó a plasmar y formar tu modo de ser y de proceder, que forme en mí y en todos los hijos de la Compañía, otros tantos Jesús como Tú.

Pedro Arrupe s.j.  
(18 de enero de 1979)